
EL DR. BENIGNO MALO

(Continuación)

III

El hombre participa de las condiciones de la sociedad en que vive. Si este es un principio de psicología individual, lo es más, tratándose de psicología colectiva. Si como sabio y escritor, el individuo puede en veces abstraerse y reconcentrarse en un mundo aparte, colocándose encima de la atmósfera que le rodea; como político, nunca podrá respirar sino de un modo artificial fuera del ambiente doméstico de su ciudad y de su pueblo.

Lo único que es dable á los hombres superiores es elevarse un poco; y, dentro del mismo medio local, hacer por modificarlo, en la lenta evolución del progreso.

Para juzgar á nuestros personajes políticos, no es dable prescindir de los antecedentes históricos y de las condiciones de relación del país en que vinieron á la vida.

La emancipación americana no fué resultado de una antigua simiente que hubiese venido germinando, en estación y calor propicios, con la seguridad con que se preparan las obras vigorosas y las empresas duraderas. Saltó algunas etapas de la evolución, por los procedimientos de la violencia; y participó de todos los caracteres de una revolución, tal como esta-

mos acostumbrados á entender esta palabra, casi siempre funesta.

Revolución, en nuestro idioma corriente, significa atropello, destrucción é imperio de la fuerza. La libertad se conquista; pero la conquista trae siempre trastorno, y el trastorno no produce sino tarde el equilibrio.

Las secciones colombianas, singularmente, debieron su independencia á una asombrosa campaña contra todos los elementos, hasta contra los de la naturaleza, como dijo Bolívar. La espada debió hacerlo é hizo casi todo. El cetro colonial pasó, de manos del soberano español á las de los caudillos militares.

~~A~~ Su dictadura pudo, dadas nuestras circunstancias, ser al principio necesaria hasta consolidar la república y crear en definitiva la preponderancia del elemento civil. Pero, no fué así: la historia se siguió preparando en los cuarteles, y la política continuó siendo asunto orgánico militar.

Aunque no gobernase directamente el sable, este era el que se pronunciaba ó elegía: prescindir del elemento militar era prescindir de la base de un gobierno, de la base positiva: de los que podían sostenerlo. Un gobierno sin soldados adictos resultaba imposible como la ciudad sin cimientos que dijo Platón.

En este régimen, bien se comprende que no se inspiraba la política sino en las simpatías y antipatías del personalismo: los principios no se miraban como lo esencial, casi no se tomaban en cuenta: era la eterna cuestión del caudillaje, modificada eso sí por un prejuicio que desde los albores de la independencia influía imperiosamente en las costumbres públicas: el prejuicio de la alternabilidad de los ciudadanos en las funciones públicas y la universal aversión contra las dictaduras y los gobiernos de reelección, que durasen más de lo que la ambición de otros pretendientes podía tolerar.

El DR. MALO, no podía ser un caso de excepción en la avasalladora corriente de los sucesos de su país y de su tiempo. Aunque enamorado de las más puras doctrinas republicanas, tenía que actuar como actuó en la escena pública, empujado por la lógica de

los sucesos, el hombre más ilustre es siempre una unidad en el rebaño humano. Como publicista y escritor, sus enseñanzas iban al terreno filosófico, á la descentralización, á la política económica, al gobierno de los mejores y de los más aptos.

Pero, en la práctica, hubo de proceder dentro del régimen militar de la gloriosa Colombia, afianzado en el Ecuador por el talento y la energía del General Flores; y si con otros ecuatorianos ilustres hizo por rechazar alguna vez el caudillaje extranjero é implantar en nuestro país la democracia igualitaria, virtuosa y tranquila de los Estados Unidos, no muy tarde tuvo que resignarse ante la irremediable sujeción al caudillaje. Y así, hubo de limitarse, en este orden de cosas, á dulcificar la situación, á civilizar la fuerza y atraer al hierro hacia los senderos de la moderación, para que ésta quede, al cabo, como definitivo terreno social.

Cuando llegó al poder, cuando pudo influir en que arraigara el civilismo, planta aún exótica en el Ecuador, no pensó con Ascásubi sino en un caudillo militar, aunque más blando. Por desgracia, la fortuna nos llevó siempre á los más penosos extremos; y el General Elizalde, á quien juzgó el DR. MALO como el menos temible de los estadistas de sable, no debía gobernar nunca la república.

La carrera política del DR. MALO comenzó en la *Revolución chihuahua*, movimiento nacional contra el General Flores, que lo encabezó Rocafuerte, el único ecuatoriano que entonces tenía el prestigio, el valor y la audacia, para intentar un gobierno nacional y el establecimiento de un sistema de democracia fuerte y libre á un tiempo, con la milicia subordinada y la administración como objeto principal y casi único de la autoridad.

Hallábase el DR. MALO en Loja, cuando se extendió por las más remotas provincias el movimiento, uno de los más populares de nuestra historia. En Loja, suscribió el acta de pronunciamiento que desconocía al General Flores, y fué uno de los comisionados para entregarla en Quito al Gobierno Provisional, que lo presidía el Sr. José Félix Valdivieso,

personaje de dignísimos precedentes, versado en el servicio público desde los tiempos del Libertador y representante genuino del elemento nacional.

Fué designado el DR. MALO, como representante de Loja, para la Convención de 1835. Ocupó "por primera vez la tribuna parlamentaria, y abrió esa carrera de triunfos con que marcó su vida política y literaria," al decir de D. Pedro Moncayo (1). Se han perdido desgraciadamente las actas de aquella Asamblea, y no nos es dado leer, siquiera en débil bosquejo, los discursos con que hizo el DR. MALO sus primeras armas, y quédanos sólo el testimonio de sus compañeros, á quienes sorprendió con serena y noble elocuencia, inspirada por grandes aspiraciones de patriota incorruptible.

El célebre movimiento llamado *Revolución chihuahua* tuvo un curso imprevisto, explicable sólo por la falta de principios en nuestros políticos y por la poca fuerza que tenía aun el elemento nacional en la misma revolución.

Rocafuerte, el Jefe Supremo, el representante prestigioso de la causa ecuatoriana, corazón de la Patria, por ser entonces el mejor de los ecuatorianos, escritor, tribuno, diplomático, conoedor del viejo y nuevo mundo, maestro en ciencias políticas y especialista en hacienda, era el hombre al que se dirigían todas las miradas.

El asumió su papel de Jefe Supremo y Director de la guerra, gallardamente. Pero, necesitaba militares que lo sostuviesen: el elemento militar nacional, escaso y sin mucho prestigio, carecía de influencia. Se le presentó un extranjero; y á él hubo de confiarse, indiscretamente. La traición se puso de por medio: de ella se aprovechó el General Flores, hombre de gran fe en su buena estrella y fecundo en arbitrios y recursos: en esta y otras partes, no hubo político mejor dotado, entre los capitanes sucesores de Bolívar.

Muy luego, el Jefe Supremo caía en poder del invencible Flores.

(1) Historia del Ecuador. Cap. XXXIII.

Pero, éste, ante las corrientes de la opinión y viendo que le era útil y necesario eclipsarse un poco, para hacer concesiones á sus enemigos y nacionalizar su política, decidió atraer á Rocafuerte; y más, asociarse á él.

Lo que al principio pareció una sorpresa para el prohombre ecuatoriano, resultó en breve una realidad. El General Flores se retiraba del mando civil, reservándose la dirección de la guerra y la Jefatura de las tropas, y entregaba el Gobierno nada menos que á su adversario implacable, al mismo Rocafuerte. Se firmaron las paces y los tratados; y sucedió al cabo que el Gobierno Provisional de Quito, que lo presidía el Sr. Valdivieso, no aceptó el cambio de frente de Rocafuerte, por más que éste prometía la realidad de los ideales que perseguía la Revolución, menos por cierto el de la separación del General Flores.

Y ¡caso únicamente explicable por la inconsistencia del personalismo! las dos fracciones del movimiento nacional se aprestaron á la lucha armada; y el General Flores, en nombre de Rocafuerte, combatió y venció en la jornada sangrienta de Miñarica. El indispensable militarismo seguía definiendo los destinos del país; y este veía perderse allá, en la penumbra de los tiempos futuros, la esperanza del Gobierno verdaderamente electivo y popular, según el sistema representativo. El hombre que pudo afirmar con mano de hierro el sistema, prefirió recibir el mando como laurel de un triunfo, y al retirarse de él, lo devolvió, á quien se lo había dado.... Era la dinastía imprescindible: la doctrina y la práctica de los hombres necesarios y la doctrina y la práctica del gobierno en la punta de la espada....

Para explicar estas contradicciones históricas, falta estudiar uno de los factores de disociación que han influido poderosamente en nuestra política: el antagonismo entre la Costa y la Sierra, que ha llenado nuestra corta historia de algo como conquistas de la una sobre la otra. Nada ha faltado para el complemento de nuestras desdichas.

En los campos de Miñarica, la Costa se veía re-

presentada por su hombre predilecto: Rocafuerte; y por más que los ciudadanos del Interior sostuviesen la causa primera, la causa nacional; al prestigio de aquel hombre superior y á las consideraciones regionalistas debió ceder el bien de la unión y de la paz; y así, por culpa de muchos se derramó la sangre más triste y estérilmente derramada de nuestra incalificable historia. El Sr. Olmedo añadió á las estrofas de su Iliada de Junín, otras más inspiradas todavía, para gloria del General Flores, ante quien hizo inclinarse al Chimborazo mismo. Y el Sr. Olmedo debía ser el hombre del 45!

Después de Miñarica, el gobierno provisional del Sr. Valdivieso se disolvió; y él y sus principales compañeros se refugiaron en Pasto. El desconcierto de la derrota movió á algunos á pensar en la incorporación del Ecuador á la Nueva Granada. Entonces, la voz del DR. MALO fué casi la única que se levantó á impedir aquel proyecto, que habría complicado más si cabe el problema de nuestra ventura y aun el de nuestra nacionalidad.

Durante su permanencia en Pasto, en junta de varios de sus copartidarios, fundó "La Voz del Ecuador," periódico destinado á condenar los abusos de los vencedores. No obstante escribir con sangre de reciente lucha, el SR. MALO mostró entonces mismo cómo y con qué hidalguía debe manejarse la limpia arma de la pluma. Presto las influencias del imperioso Rocafuerte y sus reclamaciones fueron parte para la muerte de aquel periódico; y el SR. MALO se vió obligado á dejar la tierra de Nueva Granada y buscar asilo en las playas del Perú: asilo desde entonces hospitalario para los numerosos proscritos que nuestras guerras civiles han ido arrojando al extranjero, como arroja el mar, después de la tormenta, cadáveres y despojos á lejanas riberas.

La proscripción es uno de los peores castigos, á veces más terrible que la muerte. La crueldad de nuestras luchas intestinas lo ha aplicado siempre, para avergonzar al país, echando en tierra ajena al desterrado, para que allá se le seque el corazón de venganza y devore las migajas de la miseria, con los

dientes empapados en sangre.

Cuatro años duró el destierro del DR. MALO, que los soportó con romana altivez; ni Rocafuerte que entonces gobernaba, era hombre que pudiese atemperar sus medidas de rigor.

Entre tanto, el país presentaba un espectáculo nuevo: el de un hombre de grande entendimiento, de indomable carácter y enamorado del progreso, que quería establecer de veras la nación, hacerla digna de la libertad y ponerla en la vía segura de la regeneración.

Se distinguió por tres cualidades la política de Rocafuerte: la prescindencia en la cuestión religiosa, la inflexibilidad en el mantenimiento del orden y la limpieza en la administración.

Había escrito acerca de tolerancia religiosa, y para nadie eran un misterio sus ideas acerca de Religión. Se esperó que entraría por el camino de la Reforma; y no tocó aquel tremendo problema de la existencia nacional. Se limitó á respetar el hecho, á conservar la unidad religiosa y hacerla respetar, y prescindió de aquel semillero de conflictos, que dispersa á los ciudadanos, crea los partidos más hondamente separados y debilita á una nación, hasta dejarla inepta para los demás problemas de la vida colectiva.

En punto á la guarda de la tranquilidad pública, fué pronto, severo y terrible. Creyó que, como el crimen mayor, debía castigarse la alteración de la paz; y que no merecía piedad la sedición, menos cuando procediese del elemento militar, llamado á obedecer y no á dirigir.

En países pequeños, la economía debía ser casi la única política. Rocafuerte sentó, con el concurso del benemérito Sr. Francisco E. Tamariz, las bases de nuestra hacienda.

A esto se añadió que entró resueltamente por la mejora de la educación, que inició adelantos que hicieron época en la historia del continente; y que dió á nuestra patria el prestigio de su nombre, conocido en toda la América latina y en Europa mismo.

Fué en lo principal de los rasgos de su fisono-

mía política, el precursor de García Moreno. Era precisamente el hombre, tal como podía soñarlo el Dr. MALO, uno de sus más fervientes partidarios antes de Miñarica. Los intempestivos cambios de escena de aquel período caótico de la historia patria, produjeron el alejamiento de los dos hombres que debieron estar más unidos, para el afianzamiento de las instituciones republicanas y la anulación del elemento militar, como director del Estado.

Rocafuerte fué el más á propósito para inaugurar el gobierno civil, la sucesión honrada de los Gobiernos por la elección, y la formación de la milicia ecuatoriana, como cuerpo organizado para funciones propias, permanentes, ajenas á la política militante. Mas, sus vinculaciones al Jefe prestigioso é irresistible que le abrió las puertas del poder, malograron la más propicia ocasión, para reducir al fin las relaciones políticas á su cauce natural y determinar los caracteres de la verdadera democracia en el Ecuador.

Después de Rocafuerte, volvió al gobierno el General Flores, aliado de aquel. Rocafuerte descendió á la Gobernación de Guayaquil, puesto de altísima importancia en nuestro régimen interior; y forzoso fué resignarse al imperio de los hechos. Seguíamos pagando el precio de nuestra independencia, reconociendo como necesidad el gobierno de los libertadores. Nos libertaron de España; ¿y quién nos libertaba de ellos? Mas, no era precisamente el experto y sagaz General Flores á quien debía temerse: era á sus compañeros de armas. El General Flores no fué del común de las gentes ni tal como lo pintaron sus enemigos: tan valiente soldado, como astuto político, conocía las pasiones de los hombres y las multitudes; y á unas y á otras manejaba según los estímulos de aquellas; y en el terreno de la fuerza, como en el de la transacción, conocía la táctica segura y se abría el camino de la victoria, casi siempre su aliada.

Quien estudie serenamente el carácter del General Flores y sus no vulgares dotes de estadista y hombre particular, encontrará en ese conjunto de cualidades el secreto de los triunfos, á veces fáciles, que

obtenía sobre los demás, y principalmente sobre sus adversarios.

Al inaugurar su período presidencial de 1839, procuró dar á su nueva administración un rumbo conforme al programa de Rocafuerte, modificado se entiende en relación á los hombres y las circunstancias; pues mal podía prescindir el General Flores de los extranjeros y auxiliares de su Ejército; y con un Ejército numeroso, exigente y dominador de suyo, tampoco era dable, ni una hacienda económica y arreglada, ni la efectividad de las garantías del ciudadano.

En lo que el sucesor de Rocafuerte hizo lujo de amplio criterio y generosidad, fué en llamar á compartir las labores públicas á todos los partidos, que eran entonces, como hasta muchos años después, únicamente políticos, inestables y diferenciados muchas veces por minucias y detalles casi siempre relativos al indefectible personalismo, que ha intornado más de dos tercios de la historia nacional.

Flores se apresuró á llamar al DR. MALO, á quien no sólo abrió las puertas de la Patria, dando fin á un largo y penoso destierro, deshonorosísimo para el gobierno que lo mantuvo inflexiblemente, sino que confirió al proscrito el cargo de juez de la Corte de Apelaciones del Azuay, el que aceptó, convencido de la nueva orientación del gobierno de su antiguo perseguidor. Entonces, con el P. Fr. Vicente Solano fundó "La Razón," periódico destinado, según sus redactores "á medir en la vara de la razón los abusos del poder." Esta conducta independiente, si apreciada en lo debido por el Jefe del Estado, no lo fué en cambio por ciertas autoridades locales con las que hubo de sostener el DR. MALO intensa lucha por la prensa, manteniéndose, eso sí, en el terreno de la cosa pública y usando armas de leal combatiente, no siempre empleadas por sus contradictores.

El Jefe del Estado, para aprovechar en más alta y tranquila esfera, los talentos del Redactor de "La Razón," lo llamó á servir el empleo de oficial mayor del Ministerio de Gobierno y Relaciones Exteriores, á cargo del prestigioso D. J. Modesto Larrea. El SR. MALO fué el alma de ese Ministerio, en

el que desplegó todas sus dotes de actividad y comenzó á hacer visibles sus arraigadas convicciones sobre relaciones internacionales, en el sentido de un generoso americanismo y sus ideas progresistas en todos los ramos de la administración.

Los incorruptibles de entonces y los adversarios del SR. MALO le censuraron que formase parte del gobierno del Presidente Flores, no obstante haber sido uno de los opositoristas más convencidos de aquel. Mas, el SR. MALO creía que valían poco los hombres ante la realidad de las instituciones, y que sin mudar la persona del Jefe del Estado, podía ensayarse el buen gobierno y admitirse todas las reformas que demandase la evolución natural del país. Para la estabilidad de éste, juzgaba fórmula única la inglesa de la exclusiva responsabilidad del ministerio, quedando siempre como centro inamovible la persona del Presidente de la República. Así es como podían, sin alterar la paz, turnarse en el mando los partidos y practicarse todas las mudanzas de gobierno, en provechosa competencia.

De ahí el que, llamado á un puesto en un gobierno constitucional, creía que era obligación patriótica intervenir, para que el rumbo de la política correspondiese á las necesidades y á los ideales de la libertad y del progreso.

Además, ya lo apuntamos, no existían entonces partidos doctrinarios; eran sólo agrupaciones obedientes á determinados hombres de influencia, agrupaciones que á veces se formaban por circunstancias imprevistas, se alimentaban por noble ambición de gobernar y se acentuaban por motivos de regionalismo, nunca extinguidos en nuestra desgraciada Patria.

A este propósito, el mismo DR. MALO explicaba su conducta, en una carta abierta dirigida á los RR. de *La Concordia*. “En cuanto á empleos—son palabras del DR. MALO— profesamos la doctrina de que, aunque ningún hombre de honor debe buscarlos ni solicitarlos, sin embargo si el gobierno de su país le confiere alguno, debe admitirlo, so pena de ingratitude para con su patria y perjurio en cuanto á sus deberes de ciudadano. Tan culpable es el hombre

que mendiga un empleo, como el que, por falso desprendimiento, lo rehusa. No es renunciando todo cargo público y encerrándose en la vida privada, como se pueden mejorar los males públicos que el buen patriota deplora. Pero desgraciadamente predomina entre nosotros la falsa máxima de que, quien no está identificado en sus opiniones, con el Jefe del Estado, no debe formar parte de su administración No creemos que sea ni aun impropio que individuos de diversas y aun encontradas opiniones políticas sirvan bajo una misma administración. Jefferson presidía el partido *democrático* y Wáshington era el Jefe del *federal*; y á pesar de la abierta oposición de opiniones de estos dos hombres célebres, sirvió el primero como Ministro de Estado, durante la Presidencia del segundo Aquellos estadistas, fundadores de las instituciones repúblicas de los Estados Unidos, no sólo se toleraban sus opiniones políticas, tan contrarias, sino que sabían inmolar sus pasiones en el altar de la causa pública. Así se vió que, siendo enemigos personales Jefferson y Adams, desempeñaron á un tiempo, éste la presidencia y aquél la vicepresidencia de los Estados Unidos, sin haber mezclado jamás en la causa nacional sus resentimientos personales, y sin que el uno haya creado obstáculos á la marcha administrativa del otro, procurando al contrario cada uno de ellos rivalizar en obediencia á la Constitución y á las leyes y en la consecución de mayor suma de bienes para su Patria Creemos pues que solo en caso de que las convicciones del uno sean un obstáculo al cumplimiento de sus deberes, ó haya que sacrificar aquellas á éstos, aconseje el honor que se renuncie cualquier destino. De lo contrario, muy bien pueden servirse aquellos empleos cuyas funciones no encuentran tropiezo en las doctrinas Si tan falsas ideas no dominaran entre nosotros, si se comprendiera que el camino de promover la prosperidad de la Patria no es mantener siempre encendido el rescoldo revolucionario, sino rodear al Gobierno, para no dejarlo entregado al consejo de falsos y pérfidos amigos, luchar con valor contra las tentaciones de la ambición, no menos que contra las

demasías populares, haciendo oposición al poder con las mismas armas de la Constitución; entonces muy diversa sería nuestra suerte: apareceríamos fuertes y unidos ante el poder extranjero y tranquilos y felices en la propia casa.”

La labor del DR. MAÍLO en el Ministerio fué, en consecuencia, labor no de político, sino de estadísta. Era menester abrir el surco y depositar la semilla, aunque ésta no germinase sino en época remota.

Convicción de toda su vida fué que la cuestión económica era la base de la cuestión política; que era preciso formar el haber del país y de cada ciudadano primeramente, para pensar en otros problemas de orden más elevado.

Concedió privilegios á varias industrias, en especial, á la de tejidos de algodón y sombreros de toquilla, á la pesca de perlas y á la importación de máquinas. Introdujo semillas de tabaco de Cuba para mejorar los plantíos de Daule y Esmeraldas y árboles frutales de Chile, con destino á los climas templados del Interior; pidió el gusano de seda y plantó la morera. Envió al Exterior muestras de los yacimientos mineros de Zaruma y del carbón de piedra de Cojitambo. Ordenó la reparación de los caminos nacionales y vecinales, contrató el establecimiento de una línea de vapor para el tráfico con Guayaquil, creó en esta ciudad la Bolsa mercantil, abrió nuevos puertos al comercio, preparó las bases del arreglo de la deuda pública y procuró atraer las primeras corrientes de colonización.

Al mismo tiempo, pensó en dar vigoroso impulso á la enseñanza; restableció á los Jesuitas, Instituto especialmente dedicado á la educación, se interesó con los Diocesanos para el envío de algunos seminaristas á los Grandes Seminarios europeos; procuró en cuanto lo permitían las exiguas entradas fiscales la extensión de la instrucción primaria; y pensó en ampliar los conocimientos científicos que se daban en la Universidad de Quito, según el modelo de la de Santiago que regentaba entonces el insigne D. Andrés Bello.

En lo internacional, debe mencionarse el trata-

do de amistad con Francia, el de comercio y navegación con la Nueva Granada y la honrosa correspondencia diplomática con Chile, á propósito del General Santa Cruz, uno de los libertadores del Ecuador.

Entre tanto, había llegado la plenitud del tiempo del General Flores. Todos los anhelos del progreso y los proyectos de mejora en todos los ramos de la administración no fueron parte á desarmar la oposición contra el Gobierno del *Padre de la Patria*. “Preocupado el país con la idea de que Flores trataba perpetuarse en el mando, no veía nada plausible en la conducta de aquel General,” escribía más tarde el SR. MALO. “Las mejores intenciones eran mal intepretadas, los actos más patrióticos recibidos con abierta hostilidad: todo Gobierno era entonces imposible, y luego estalló la Revolución del 6 de Marzo.” (1)

Durante la campaña que se siguió á aquel pronunciamiento, se designó al SR. MALO para que fuera al Perú, en calidad de Encargado de Negocios, en compañía de su Secretario el General Stagg.

Dirigíanse los Diplomáticos á Lima, por la vía de Lcja, y fueron capturados por una partida revolucionaria mandada por el Coronel Tamariz, quien concedió garantías personales al SR. MALO y su compañero, y éstos continuaron su viaje al Perú.

Estaba reservado al SR. MALO y al antiguo Jefe del Gobierno Provisional Sr. José Félix Valdivieso servir lealmente al mismo caudillo á quien combatieron antes y después de Miñarica. Quedaban así demostradas la inestabilidad de las simpatías políticas en esos tiempos y la poca seriedad de los partidos y de los hombres. Unos arriba y otros abajo: no se trataba sino de conservar el mando ó ingresar en él: en el gobierno, guardarlo por el mayor tiempo posible; en la caída, pretender el gobierno....

Los Srs. Valdivieso y Malo habían justificado á Rocafuerte; y los discursos de 1835 y los escritos de “La Voz del Ecuador” que condenaban á Rocafuerte, se pronunciaron y se publicaron también para

(1) “La Prensa”, N.º 9.

recriminar á Malo y á Valdivieso....

Cualquiera que haya sido el móvil de estos hombres honorabilísimos en otros aspectos, no se podrá negar que por lo menos se pudo estimar *equivoca* su conducta como la calificó el Dr. Pedro Moncayo, sujeto en verdad de línea recta en cuanto á sus odios ó aficiones políticas.

‘Carecían nuestros mejores patricios de una orientación definida y de un ideal vigoroso que crease la política de camino invariable y seguro y los estadistas de carácter. Para corregir esas vacilaciones, y con una violencia que saltó al extremo contrario, vino más tarde García Moreno.

Después de la caída de Flores, el DR. MALO, sin misión que desempeñar en Lima, tuvo de resignarse á los contratiempos de un diplomático, desautorizado primero y proscrito después por sus antiguos amigos los revolucionarios de Marzo, al frente de los cuales estaban los viejos aliados de Flores: Rocafuerte, Roca y Olmedo; personajes que representaban un papel distinto al de 1835. La prensa vencedora entonces gastó todo el repertorio de sus acusaciones contra el SR. MALO; y el Sr. Rocafuerte, con aquella vehemencia que le caracterizaba, fué quien lo juzgó con más dureza.

Reunida la Convención de 1845, serenados los ánimos, obtuvo el SR. MALO salvoconducto para regresar al Ecuador; y lo obtuvo á instancias del mismo Rocafuerte, tan ardiente en sus pasiones y en esta vez generoso. Había tratado personalmente en Lima al DR. MALO, y no pudo por menos que formar altísimo concepto de tan honrado ciudadano: el talento y la virtud ejercieron poderosa influencia en su ánimo y la rigidez política cedió á los consejos de la magnanimidad.

El SR. MALO, más tarde, explicaba así las ofensas del célebre tribuno: “Para quienes conocieron el carácter del Sr. Rocafuerte, no se estimarán como de grandes consecuencias las irascibles expresiones y los sarcasmos que á veces empleaba. Hombre de fuego, genio impetuoso, encendido en convicciones patrióticas, cuando se proponía un fin, atropellaba todo lo

que encontraba por delante, combatiendo no sólo á sus enemigos, sino á personas indiferentes y aun á sus antiguos amigos. Así se explican sus elogios y sus diatribas.... No tenía, digámoslo así, odio individual, sino odio público; no aborrecía, combatía. En 1845, sostenía una causa, y vió á MALO en la contraria: esto bastó para dirigirle calificativos injuriosos. Mas, tan luego como triunfó la causa de Marzo, procuró el noble estadista borrar aquellas injurias con mil consideraciones con que distinguió á MALO, durante su permanencia en Lima. Como diputado á la Convención de Cuenca.... cambió sus dicitrios en elogios y arrastró á toda la Convención á favor de aquel á quien antes había combatido." (1)

Con el triunfo del elemento civil, muy conforme al modo de ser y de sentir del SR. MALO, elemento que constituyó el nervio y el honor de la Revolución de 1845, cesó la primera época de nuestro hombre público, que corresponde á las diversas administraciones del General Flores.

En esos quince años, si el SR. MALO no aparece con el relieve de una medalla de bronce, con la lógica severa que debe exigirse siempre á las acciones humanas; consecuencia fué ello de su modo de pensar, no firme y definitivo en tiempos de formación y torbellino de encontradas opiniones. Mas, la intención del honrado republicano fué siempre sana, su patriotismo inquebrantable, su moderación ejemplar. Dichosos se considerarían muchos de los políticos posteriores á él, si se les pudiese imputar solamente la versatilidad de sus simpatías.

(Se continuará).

REMIGIO CRESPO TORAL.

(1) "El Pueblo", N.º 4.
